

LIBRERIA NACIONAL
JOSE MARTI
HABANA CUBA

pasaron 2

CUBA y AMERICA

REVISTA-ILUSTRADA

UN NUMERO 20 CENTAVOS PLATA

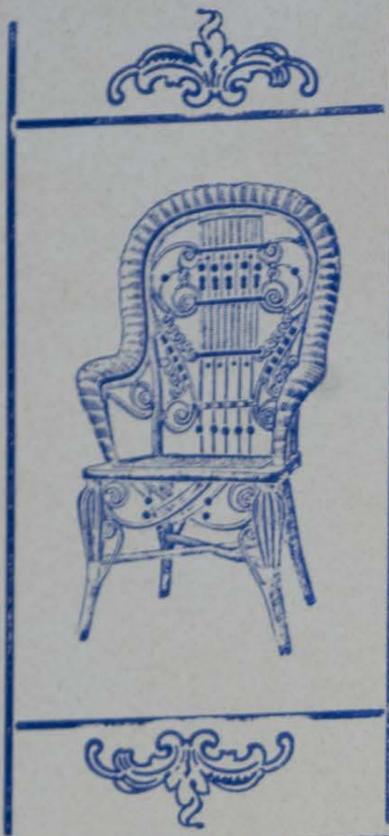
SUSCRIPCION MENSUAL 80 CENTAVOS PLATA

ADMINISTRACION GALIANO 79 HABANA



SEPTIEMBRE 18 DE 1904

NUM. 12



La Estrella de Cuba

★
DE SUAREZ Y COMPAÑIA

Mueblería en general
 Importadores de toda
 clase de muebles y ob-
 jetos de fantasía
 Unica en su clase

M
I
M
B
R
E
S

Mimbres de todos estilos
 Lámparas de cristal y
 bronce. Oleos, oleogra-
 fías, biscuits, porcela-
 nas, bibelots, etc.

O'REILLY 56 Y 58.

TELEFONO 604.

'BURLADA'



AGUAS MINERALES
 BICARBONATADAS
 SODICAS-YODURADAS

LA REINA DE LAS AGUAS DE MESA

Premiadas en todas las exposi-
 ciones que se han
 presentado y en la

UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900

CON MEDALLA DE PLATA

Eficazmente recomendadas por las
 eminencias médicas extranjeras y del
 país, para la curación de todas las
 afecciones del estómago

M. PEREZ IÑIGUEZ,

AGENTE EXCLUSIVO

¿Desea Vd. un buen reloj?

Pase por la CASA BORBOLLA,
 Compostela 56 y 58 y encontrará
 valioso surtido al alcance de todas
 las fortunas.

Tenemos espléndida colección de
 elegantes

**GEMELOS E
 IMPERTINENTES**

Cuídese su vista



-LICHENHEIM-

O'REILLY 106, HABANA

Fabricante en espejuelos y gafas de todas clases

**YO ...
 FUMÓ
 EL TURCO**

Gran Fábrica
 de Cigarros

'BAIRE'

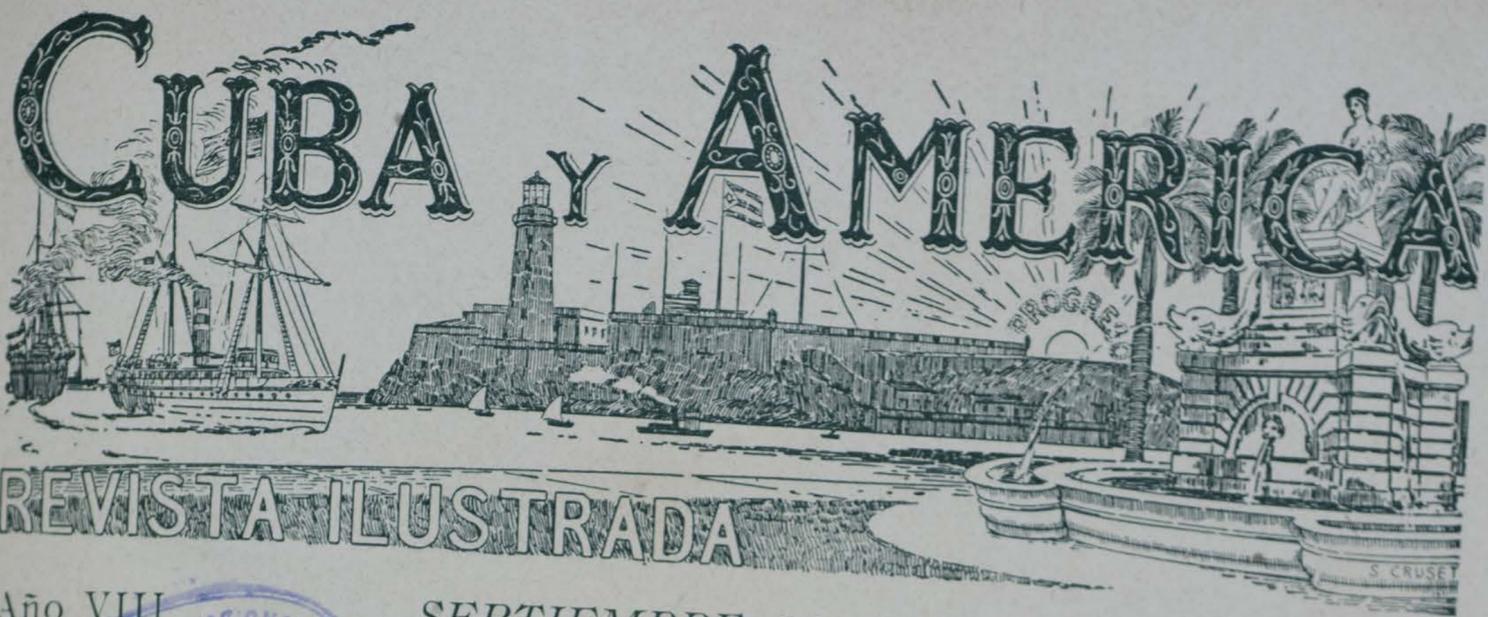
De Manuel Grenet y Ca.

DEPÓSITO GENERAL: REINAS, HABANA

*Pidanse los cigarros
 aromáticos legítimos*

PAPEL DE ARTOZ

Registrada en la Administración de Correos de la Habana como correspondencia de segunda clase



Año VIII

SEPTIEMBRE 18 de 1904

Vol. XVI, No. 12



LAS ESCUELAS EN SAINT LOUIS

Por Ramón Meza

(Continuación)

EN EL AÑO 1903 ascendieron estos ingresos á dos millones quinientos cincuenta y cinco mil seiscientos cincuenta y uno pesos. En construcción de escuelas se invierte una buena parte. En 1903 se terminaron las Escuelas: Grant, cuarenta y dos mil setecientos ochenta y cinco pesos; Washington, treinta y dos mil quinientos ochenta y tres; Froebel, cincuenta y cinco mil quinientos treinta; Samner High, veintitrés mil cuatrocientos cincuenta y cuatro; Howard, veinte mil cuatrocientos dieciséis. Se han terminado también ó se terminarán en breve las llamadas Blow, Clay, Cote Brillante, Shepard, Walnut, Benton y Normal. Existen escuelas portátiles de madera que se acomodan donde las necesidades de la enseñanza, por la acumulación de niños ó lejanía de los otros edificios, así lo exigen. Nuevas construcciones se proyectan y la adaptación de los antiguos edificios á las reglas modernas: á esto se destinarán quinientos mil pesos.

Son en la actualidad problemas escolares latentes: proveer á los alumnos de todos los grados, de libros y material escolar libre de todo costo; disminuir el número de

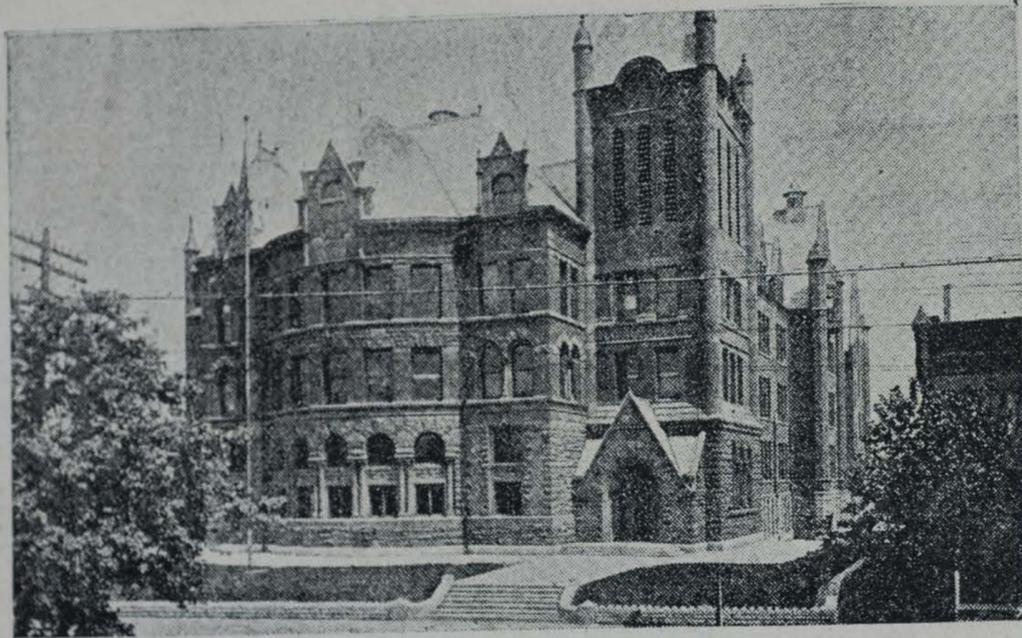
niños en el local de cada aula y elevar la contribución al límite que permite una enmienda hecha á la carta escolar de la ciudad y por la cual puede llegarse á cobrar sesenta centavos por cada cien pesos de riqueza amillarada.

La asamblea general del Estado de Missouri concedió en Marzo de 1897 á la ciudad de Saint Louis la facultad de administrar libremente sus escuelas. La Junta de Educación la componen doce miembros: el cargo es gratuito. Cada uno es elegido por seis años; pero cada dos años hay elecciones para renovar cuatro miembros que cumplen el término de su cargo. Las vacantes ocasionadas por renunciaciones las cubre el Alcalde; pero la Junta es independiente del Consejo Municipal y del gobierno de la ciudad. Tiene facultades legislativas y ejecutivas respecto á organización, dirección y funciones escolares. Nombra sus oficiales que son: Secretario, Tesorero, Superintendente de Instrucción, Inspector de edificios, Encargado de material, Auditor y Procurador.

Las sesiones de la Junta tienen lugar una vez al mes y duran á lo sumo una hora: no se discute, se

votan asuntos que en resumen presenta el Secretario, visados por el Presidente. Se divide en tres Comités ó secciones: de Instrucción, de Edificios y de Audiencias y suplementos. Asegúrase que las artes intrincadas de la política no han maleado la constitución de este organismo al que se llevan ciudadanos honorables.

Para terminar estas breves notas sobre la organización escolar de la ciudad de Saint Louis, entresaco de la obra *The State of Missouri*, 1904, por Walter Williams, gallarda muestra del asombroso desarrollo del Estado, de que es capital Saint Louis, en comercio, manufacturas,



HIGH SCHOOL EN LA GRAN AVENIDA, SAINT LOUIS

gobierno, administración, minas, ganadería, prensa, agricultura, etc., los datos que siguen referentes á educación.

Según el censo de los Estados Unidos de 1900 y con el cual se comparan los datos particulares del Estado de Missouri, existían en la Unión trece millones trescientos ochenta y cinco mil seiscientos veintiocho niños asistiendo á las escuelas, ó sea 17.5 por ciento de la población. En Missouri el mismo año asistían seiscientos cuatro mil ciento once niños ó sea el 19.4 por ciento de su población.

Los efectos de la obra escolar con respecto á la masa de los iletrados, se comparan con datos de tres cen-

sos decenales. En 1880, los iletrados en Missouri eran 13.4 por ciento: en los Estados Unidos eran 17 por ciento: en los demás Estados de la Unión, comparados en conjunto, 13.3. En 1900: en los Estados Unidos 10.7; en Missouri 6.4 por ciento. El número de iletrados según el censo de 1880 en Missouri era doscientos ocho mil setecientos cincuenta y cuatro; en 1900 era ciento cincuenta y dos mil ochocientos cuarenta y cuatro.

El valor de la propiedad de las escuelas de Missouri se calcula en cuarenta y dos millones seiscientos mil ciento diecisiete pesos. Los alumnos son setecientos cincuenta mil quinientos cuarenta y uno; los maestros, veinte mil ciento sesenta y seis.

La constitución del Estado de Missouri sienta que lo menos uno y un cuarto por ciento de los ingresos del Estado se inviertan en las escuelas públicas; la legislatura, después, ha enmendado el precepto constitucional en el sentido de que pueda dedicarse uno y un tercio á esta atención, sin incluir en ella

las Universidades del Estado y Escuelas normales. El gasto de las escuelas en un solo año es de diez millones novecientos cincuenta y nueve mil ochocientos veintiocho pesos.

El tipo de la contribución escolar es de cincuenta y siete centavos por cada cien pesos de evaluación de la riqueza. La enumeración escolar arroja un total de novecientos setenta y cuatro mil novecientos veintitrés niños de seis á veinte años: varones blancos, cuatrocientos setenta y un mil quinientos veintidós; hembras, cuatrocientos cincuenta y cuatro mil novecientos diecinueve; de color: varones, veinticuatro mil quinientos veintitrés; hembras, veintitrés mil novecientos nueve.

TOPICOS RURALES

Por Gabriel Camps

CRUELDAD

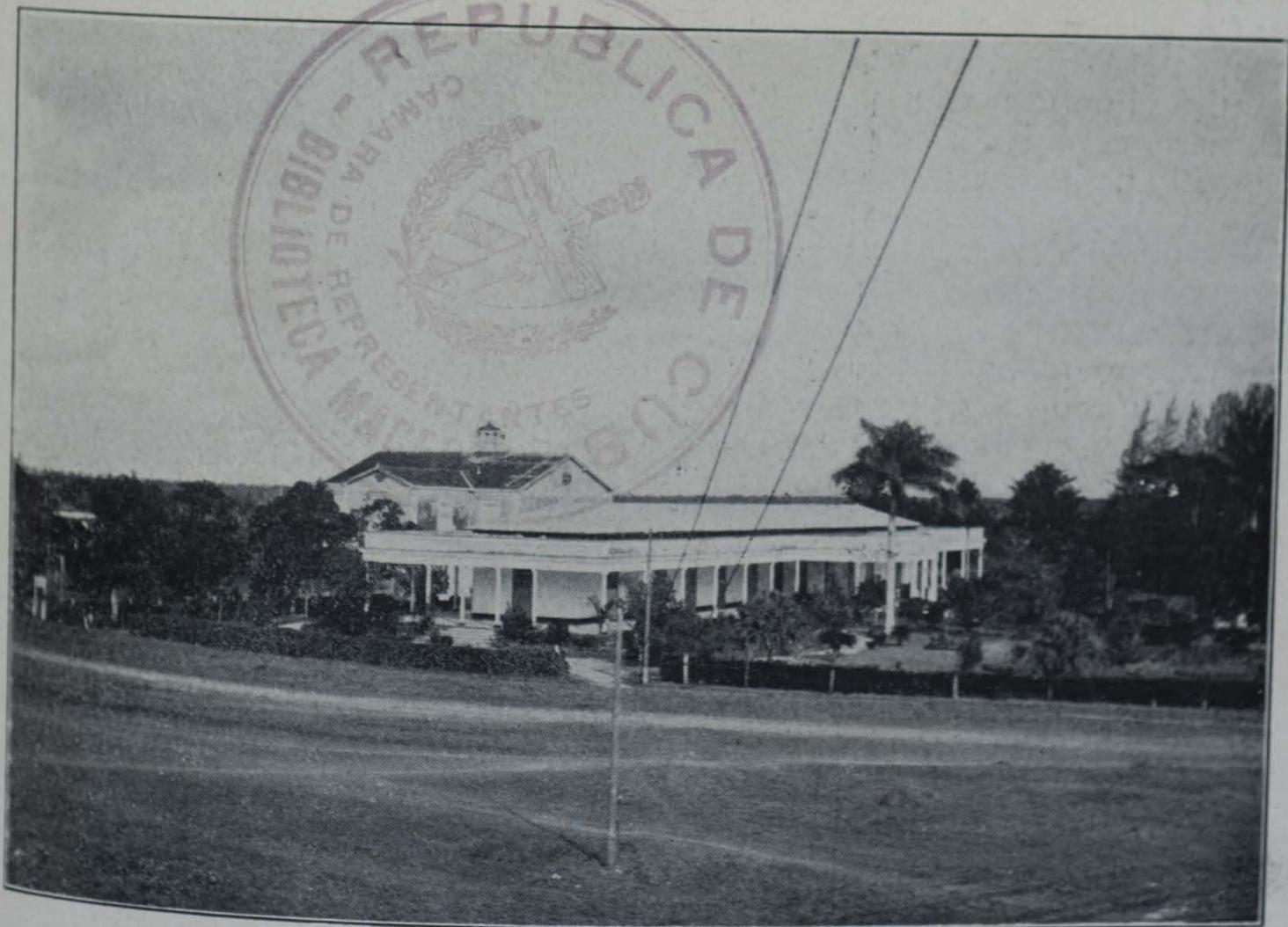
No hay más que salir por esos campos para comprender lo crueles que somos con los animales. ¡Qué pencos! y ¡qué vacas! Macilentas, comidos de garrapatas, bebiendo agua asoleada en tanques llenos de limo y hojarasca, nos acusan de crueles y abandonados. Debiéramos tratar mejor á nuestros mejores amigos, á nuestros más desinteresados auxiliares. Hay que hacer una excepción con los carretoneros de la Habana. Los mulos y mulas que tiran de los carretones en la Habana, no tienen igual en ninguna parte. Gordos, lucidos, sanos, limpios y hasta adornados, son la honra de sus dueños. Lo que nos decía hace poco un banquero de Nueva Orleans, hacendado en la Luisiana. ¡Ah! ¡Si

cuidaran ustedes sus vacas como cuidan á sus mulas! Lllaman, en efecto, la atención. Haga la prueba cualquiera de mis lectores que no se haya fijado nunca, como es probable, en las mulas de los carretones; verá como las encuentra muy bien, casi sin excepción.

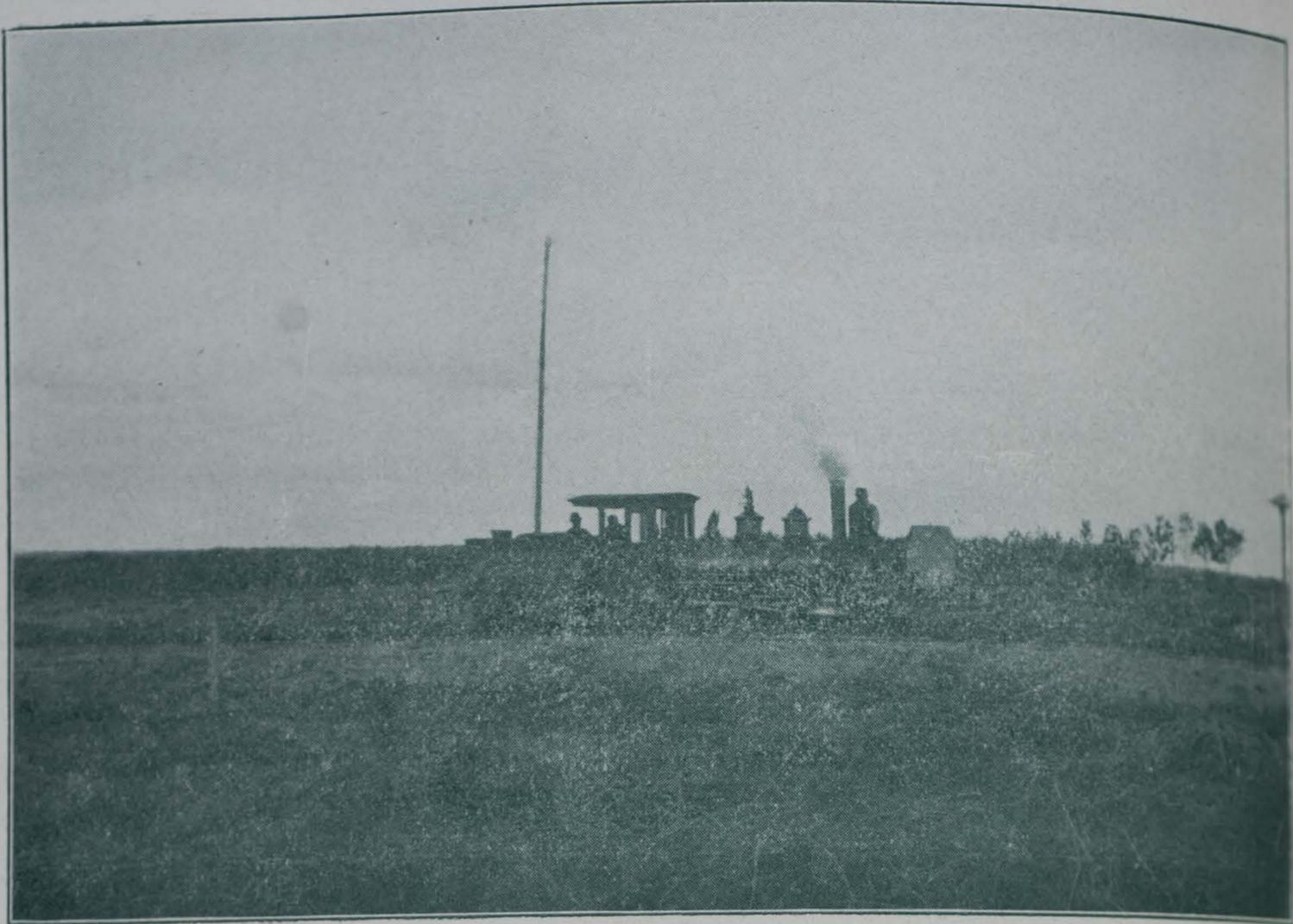
ÁRBOLES VIEJOS

Un amigo mío, hombre observador y de experiencia, me decía:—Voy á Marianao, voy á Guanabacoa, ó á Managua, ó al Calabazar, ó á San Miguel del Padrón, y no veo más que árboles viejos; tamarindos viejos, canisteles viejos, mangos viejos, ceibas viejas. Los viejos nos querían más de lo que queremos nosotros á nuestros hijos. ¿No lo cree usted?

—Lo creo.



CENTRAL SANTÍSIMA TRINIDAD, CASA DE CALDERAS



CENTRAL SANTÍSIMA TRINIDAD, TIRO DE CAÑA

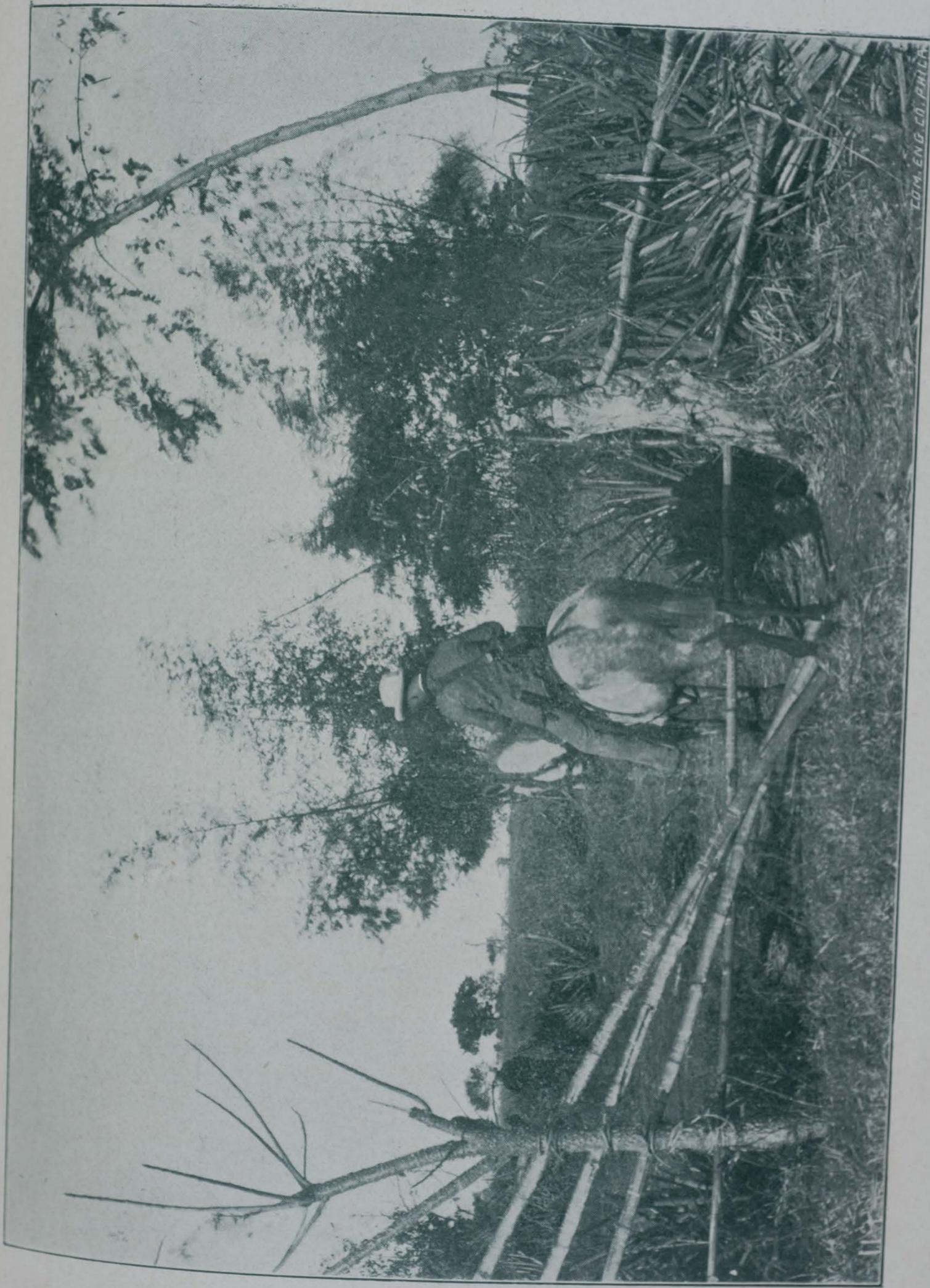
SEGURIDAD EN LOS CAMPOS

Con el asesinato del americano en Camagüey y el robo al Sr. Negrín en el Wajay, anda la gente de campo hondamente preocupada. Debiera constituir para nosotros puntillo de honra que en los campos hubiera, cuando menos, la misma seguridad que en la Habana. Y todo sería que lo quisiéramos. Eso es grave. Que no haya *quorum*, que las carboneras, que esto y lo otro, tal cual; pero esode que uno no pueda vivir en el campo: ¡Pobre Cuba!

SOBRE CARRETERAS

El Congreso, si acepta las indicaciones del Sr. Presidente de la República, va á destinar dos millones de pesos para la construcción de caminos durante cinco años. La Secretaría de Obras Públicas será la encargada de trazar el plan general de las obras. Esto nos parece más acertado que no dejar la iniciativa de los trabajos á las Cámaras, pues sabido es que, por punto general, más influyen en el ánimo de los representantes, sin que por ello

pueda evitarse, consideraciones del momento é intereses políticos, que el bien público y general sin mezcla de extraños móviles. Pero sin que se entienda que la Secretaría pueda apartarse de las lecciones de la experiencia que siempre tiene medios la opinión de manifestar. En los últimos tiempos han querido hacerse uniformes los trabajos. Pedía Camagüey una carretera y enseguida Matanzas pedía otra. No. Es preferible componer los caminos en Oriente que hacer carreteras; más útil resulta un puente. Allí las distancias son enormes, se emplean mejor las caballerías que los vehículos. En cambio en la Habana y Matanzas convienen las carreteras, porque las distancias son cortas y los puertos de embarque están preparados para la exportación. Oriente y las Villas, ferrocarriles; Camagüey, buenos caminos; Matanzas y Habana, carreteras; Vuelta Abajo, puentes y caminos: he aquí la distribución que haríamos, si de nosotros dependiese. La variedad en la unidad, es la armonía, no la uniformidad.



COM. ENG. CO. PHILA.

MEMENTO.—UN GUARDIA RURAL EN TIEMPO DE LA COLONIA



LHASSA, CAPITAL SAGRADA DEL TIBET

EL TIBET

Las expediciones inglesas al Tibet, con el indudable propósito de llegar á dominarlo, prestan actualidad á cuanto se refiera á tan curioso país.

La arquitectura de Lhasa, capital del Tibet, es verdaderamente típica. Los templos son de piedra, con los techos planos y cubiertos de un material parecido al cemento. En su forma, tienen la apariencia de fortalezas.

Las casas, en su mayor parte están construídas con ladrillos cocidos al sol. La luz en ellas penetra por entre una especie de claraboyas sin vidrios, cubiertas, en las casas mejores, con tela blanca. Los suelos no están enlosados, sino cubierto de tierra natural, pero en una de las esquinas se halla siempre la alfombra, en la cual duermen y á veces se sientan.

El nombre de Lhasa significa, "Ciudad de Dios." Vista á distan-

cia, causa una impresión de poderío y grandeza, que va decreciendo á medida que uno se acerca y que desaparece por completo al entrar en ella. Es una ciudad muy sucia, de calles estrechas y llenas de escombros. Las tiendas son de dos clases: unas, parecidas á las del Japón, constan de un departamento con un lado todo abierto y las mercancías puestas á la vista de los transeuntes; otras son simples vasares ó estantes situados en las calles, y en los cuales están expuestos los artículos.

Los tibetanos se parecen en varios aspectos á los japoneses, si bien en otros difieren bastante, por ejemplo, en su estatura que es bastante mayor que la de aquéllos y en su poco amor á la limpieza.

Tienen fama de ser muy religiosos, fervientes adoradores de Budha, al que consideran principio y fin de todas las cosas.

PELAYO GARCÍA

Primer presidente de la Cámara de Representantes de Cuba

Por R. E. M.

NINGUNA misión era más difícil que la de presidir con acierto la primera Cámara de Representantes: un organismo que por primera vez funcionaba y en el que cada uno de sus miembros demostraba la falta de práctica.

En estas condiciones demostró el Sr. Pelayo García las excepcionales cualidades que reunía. El conocimiento que tan rápidamente adquirió de su misión le permitió proceder con tal acierto, que varias veces dejó á la Cámara admirada.

Su corrección le granjeó el aprecio de sus enemigos políticos.

Como representante se hizo notar por las acertadas mociones que presentaba, siempre de interés general y de necesidad inmediata, y por el conocimiento minucioso y profundo que tenía del asunto que trataba.

Como orador posee gran elocuencia, sin pedanterías retóricas; lleva el convencimiento al ánimo de su auditorio exponiendo con claridad y precisión, argumentando con lógica indestructible reforzada por las pruebas que su gran conocimiento de la materia le permite presentar.

Por un gran sentido práctico, que se revela en todo su modo de ser,

puede decirse que desconoce lo que no necesita conocer, pero que en cambio no ignora nada de lo que necesita saber. Con estas condiciones nunca cansa á su auditorio.

Estas condiciones que tiene como orador, contribuyen á que como abogado tenga justa fama no sólo en Santa Clara, donde siempre ha ejercido, sino también en la Habana, donde se le considera, no obstante el poco tiempo que se ocupa en su profesión, al nivel de las glorias de nuestro foro.

La principal condición de su carácter es la modestia y la bondad; afable y sencillo en su trato, nunca lo han hecho cambiar los altos puestos que ha ocupado.

Hoy que todos presenciamos las luchas que se sostiene por ser

representante, la figura de Pelayo García no queriendo ser reelecto miembro de la Cámara, brilla por su modestia en nuestro mundo político.

Tiene treinta y cuatro años de edad y actualmente comparte su existencia en atender su bufete, hacer política y administrar sus fincas.

Hombre de tal naturaleza y condición, bien merece el aprecio y la consideración de sus compatriotas.



UNA ESTACION CIENTIFICA

HACE unos treinta y dos años, el profesor Antonio Dohrn fundó en Nápoles una estación para la colección de material biológico y para el estudio de la vida animal y vegetal. Para llevar á buen término su trabajo, aportó el profesor sus extensos conocimientos y un gran entusiasmo, logrando al poco tiempo convertir la estación en una institución internacional para la investigación científica y la adecuada instrucción de profesores y estudiantes de todos los países.

Cuando el vigésimo quinto aniversario del establecimiento de la estación, el Dr. Dohrn recibió un mensaje con las firmas de los más eminentes biólogos de todos los países, en el cual se ponía de manifiesto que la estación de Nápoles ha contribuido poderosamente al desenvolvimiento de los conocimientos sobre la vida animal; que ha prestado valiosos servicios no sólo á los geólogos, sino á los botánicos, anatomistas, fisiólogos y farma-

cólogos; que el ejemplo del Doctor Dohrn ha sido tan asiduamente seguido, que se contaban ya unas treinta estaciones zoológicas y biológicas; que la de Nápoles, debido á su situación, prioridad y excelente dirección, ha llegado á ser un centro científico en el cual reúnen y laboran juntos investigadores del mundo entero, encontrando allí lo necesario para su trabajo: materiales de todas clases, aplicaciones modernas, instrumentos variados, una numerosa y completa biblioteca y competentes auxiliares.

La estación háse convertido en una verdadera Universidad, con la diferencia de que no se dan en ella lecturas y conferencias, pues allí los profesores mismos conviértense en estudiantes.

La Estación Zoológica de Nápoles es un ejemplo brillante de cuanto puede realizarse en el mundo de la ciencia cuando hombres de positivo saber y de distintos países se reúnen para trabajar juntos.

AUTOGRAFOS

Para "El Círculo de Bellas Artes de la Habana"

Por R. Cabrera

I

Hace unos pocos años asistí al remate de la colección de cuadros del millonario americano Stewart. La venta de las obras de los primeros pintores del mundo atrajo á Chikering Hall, New York, donde se celebró la subasta pública, una concurrencia inmensa que presenció con religioso silencio la puja de los particulares y de las asociaciones para adquirir aquellas joyas de la pintura. Ví vender un cuadro alemán de un metro de longitud en ciento cuarenta mil pesos. Los cuadros españoles alcanzaron gran precio: *La salida de la Iglesia*, de Madrazo, se puso á la venta con una oferta de mil dollars. La lucha de quinientos en quinientos pesos fué reñida, y el lienzo se adjudicó á un postor que dió *siete mil quinientos pesos*. En las lunetas, entre los silenciosos y emocionados espectadores, se agitaba un hombre más nervioso y conmovido que los demás. Era el mismo Madrazo, ya entrado en años, que presenciaba su propio triunfo,

viendo disputarse en subasta pública y venderse en tan gruesa suma, una pintura de su mano que vendió en su juventud en *cinuenta pesos*.

Septiembre 28 de 1903.

II

Los profanos en arte solemos visitar los museos con la misma precipitación con que se recorre una alameda rodeada de árboles, jardines, lagos y paisajes. Cuando visité los salones del Louvre en París, sentí por este motivo una especie de deslumbramiento y la vista de tanto cuadro no me dejó más que una impresión confusa. Oller, el pintor portorriqueño, que tiene tanto *sprit* en la conversación como gusto en la pintura, me hizo esta observación preciosa, obligándome á volver con él al Louvre: Un museo es como una biblioteca: cada cuadro es un libro, cada detalle es una página, cada brochazo una idea y un libro y muchos libros no se leen en un solo día.

5 Octubre de 1903.

GABRIEL REYES

Por Eusebio Guiteras

Novela cubana.--Ilustrada por la Srita. Emma Campuzano

(Continuación)

No sucedió lo mismo con Marcial, el cual, á pesar de su genial franqueza, de las ideas democráticas que de burlas ó de veras con evidente ostentación sostenía, del afecto desinteresado que sentía por su amigo, y á pesar, en fin, de la posición independiente de que gozaba, no pudo reprimir cierto encogimiento al dar la mano á Gabriel, producido por el respeto que le impuso aquel cambio tan extraordinario de fortuna. Gabriel no comprendía la delicadeza de los sentimientos de su amigo, y Marcial vacilaba entre si pondría ó no á un lado el tuteo familiar con que los dos se habían tratado siempre, estando, como estaban, delante de tantas personas de respeto que formaban cerco á la figura de Gabriel, la cual tan conspicuamente en aquella ocasión se manifestaba.

Todo lo observaba éste, no sin un secreto recelo que daba fuerza y vigor al sentimiento que le roía el pecho desde el día en que había sido desdenado por el padre de Luz; y forzaba su voluntad á rebajar los méritos de sus semejantes, sin tener la penetración suficiente para comprender que el hombre no puede mirar con menosprecio á los otros hombres sino á costa de considerarse á sí mismo en una altura excepcional que toca en las regiones del orgullo. Don Cayetano y Altagracia, con la naturalidad de su trato, habían dado una sacudida á este bastardo sentimiento de Gabriel; mas Marcial venía ahora á afianzarlo. Marcial era, para él, uno de tantos que acudían aquel día á hacerle la corte por curiosidad, por vanidad ó por interés.

Este sentimiento de Gabriel nada tenía que ver con la levantada posición á que tan de improviso había sido llamado. No se devanaba los sesos pensando si era un titulado, ó, lo que es quizá más, un millonario. No estaba ahí su orgullo. Rico, siempre lo había sido, porque nunca le faltó nada; y, si bien sin pergaminos de nobleza, había alternado de igual á igual con los que los tenían. Á más de esto, la importancia de su actual posición no era fácil que le malease, por dos razones, la una el placer legítimo é ingenuo de saber la limpieza de su origen, y la otra la rehabilitación del buen nombre de una madre, á quien, sin haberla conocido, entrañablemente amaba. Todo su mal consistía en creer que debía estar reñido con todo el mundo; y no calculaba el infeliz que

esa hostilidad rebotaba para herirle el pecho, privándole de aquellas afecciones que lo habían hecho feliz, y apartándole de la dulcísima mujer que le había mostrado la senda cuajada de flores del amor casto, la hermosa Luz, que, sin que él tuviese de ella entera conciencia, dominaba aún en todas las potencias de su alma.

Solo y tarde comió Gabriel aquel día, primero en realidad de su condado. Por la tarde, según encargo que, por conducto de uno de los dependientes había hecho, tuvo también sus visitas; pero éstas fueron de otro género. El sastrero, el zapatero, el camisero vinieron á recibir órdenes; y el "usía" y el "señor conde", como fuego graneado, resonaron en sus oídos. Tanta humildad, unida á la más servil lisonja, en atención á que un interés evidente movían á los individuos que de ella se servían, puso á Gabriel de buen humor; y principió con ellos á ejercitarse en el trato amable que los grandes y poderosos imaginan que es llaneza, cuando no es otra cosa sino el orgullo tendiendo la mano protectora á los que juzga inferiores. Don Cayetano no se dejó ver más aquel día, excepto en la forma de un rollo de onzas de oro, billetes de Banco Español, que mandó por uno de los dependientes. Altagracia, luego que vió solo á Gabriel, halló que tenía algo que arreglar en la estancia en que él estaba, y buscábale conversación, tratándolo siempre como el niño Gabrielillo.

El lector quizás habrá notado la ausencia de algunas personas en el numeroso concurso que acudió aquel día á dar la bienvenida al conde de Castellar: y es de razón que nos expliquemos sobre este particular.

Por Marcial supo Castells la vuelta de Gabriel á la Habana. Al licenciado no le pasó por la cabeza que había de visitar al recién venido; mas, complacido con la noticia, la comunicó inmediatamente á sus vecinos monsieur Didier y los estudiantes bayameses. Cuando estaban éstos comiendo, y el respetable Ambrosio, sentado en el baul de marras, meditaba, con motivo de las la Gabriel, á quien había conocido con el nombre de Ramírez, sobre las vicisitudes de la vida, se apareció el francés, el cual después de hablar de los bailes de máscaras que para el próximo carnaval se anunciaban, y de las ópera, y de vinos, y de modas, llegó por fin al grano, preguntando con aparente indiferencia:

—¿No piensan ustedes rendir visita hoy al señor conde?

—¿Qué conde?—dijeron á una los dos estudiantes, apoyando en el plato el cuchillo y el tenedor.

—Vuestro amigo íntimo.

Los estudiantes soltaron una carcajada.

—¿Qué dice usted á eso, fray Ambrosio?—preguntó Joaquín dirigiéndose al mulato.—¿No piensa usted ponerse de etiqueta para ir á ver al conde? Ustedes eran muy amigos y tenían luego allá sus conciliábulos.

—No digo que no me alegraría de ver un caballero tan fino y generoso,—contestó Ambrosio con su plácida sonrisa;—pero cómo va á atreverse un pobre como yo, sin más ni más... No señor; cada uno tiene su poquito de amor propio. El señor conde se podría figurar que yo iba para pedirle algo.

—Ya oye usted, monsieur Didier,—dijo José Miguel.

—Pero es preciso bien cumplir con sus amistades, pues hay deberes de sociedad,—replicó el francés.

—¿Usted vá?—replicó Joaquín,

—Si nosotros fuéramos todos juntamente...

—¿Con Ambrosio?

—¡Ah! ¡bah! usted lo dice para reír.

—Pues mire usted, monsieur Didier, si usted espera á que vayamos juntos, bien puede usted renunciar á la visita, ¿Qué hay de eso, Joaquín?

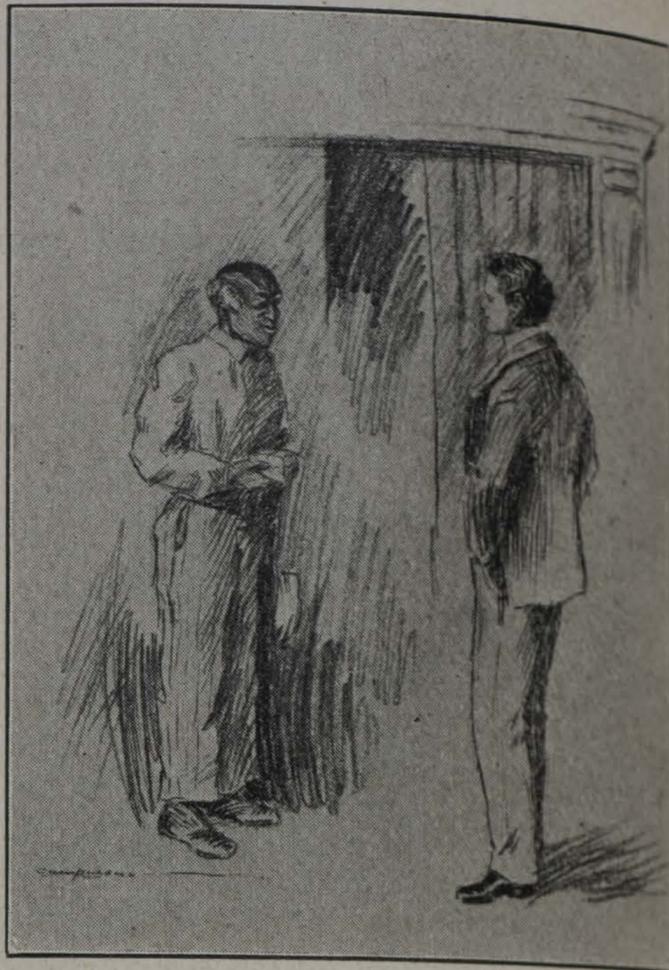
—Claro,—contestó éste;—cuando Gabriel quiera vernos, ya sabe el camino; ó que nos convide á su casa.

—Y bien, cada uno su gusto,—repuso el francés; y despidiéndose, volvió á su cuarto y guardó la ropa que sacó del armario, muy persuadido de que los bayameses serían de su parecer, y de que se hubiera pavoneado con ella en los aristocráticos salones de Castelar.

—Ambrosio,—dijo José Miguel después de comer, mondándose los dientes con una delicada aguja de oro;— si usted tiene deseos de volver á ver á su amigo, como lo tenemos nosotros, y esperamos que se nos cumpla algún día, ahora se le presenta una ocasión á pedir de boca. Gabriel me dió á guardar una cajita con algunas prendas de valor; y usted me va á hacer el favor de llevársela, dándole la bienvenida de parte de los estudiantes bayameses.

—Está muy bien, se la llevaré esta noche así que despache la obligación. A eso del toque de la oración vendré por la cajita.

No hizo Ambrosio cambio alguno en su traje para cumplir con este encargo; porque el aseo era en él característico, y la variedad según las modas y ocasiones, érale de todo punto desconocida. Con el sombrero de paja y los escaupines de color; con la camisa de crea blanca, cuyo cuello no ceñía jamás corbata de ningún género; con la chaqueta y pantalones de dril blanco, éstos de portañuela á la antigua y sostenidos con tirantes del mismo dril, cuyas hebillas eran de plata; finalmente con su frente serena y su apa-



Ambrosio no hizo absolutamente ninguna demostración desusada

cible sonrisa, presentóse después del toque de oraciones en la casa del conde de Castelar. No necesitaba Ambrosio de introducción, pues conocíanle en todas partes, ya por su antiguo oficio de albañil, ya por el actual de cantinero; y más que todo por las cofradías á que pertenecía, y porque era el gratuito consejero y memorialista de cuantos, contando con su índole diligente y servicial, acudían á valerse de él. Así fué que el portero, sin moverse de la silla, ni quitarse las manos del colodrillo, le saludó amistosamente y le dejó entrar; y los criados que al paso encontraba, en particular María del Rosario, tenían todas para Ambrosio una palabra de afectuoso respeto.

Delante de Gabriel, que estaba en el gabinete, Ambrosio no hizo absolutamente ninguna demostración desusada, pues él de ordinario era atento, comedido y respetuoso. Expuso simplemente el objeto de su venida, y con la cajita de prendas dió el recado de José Miguel. Gabriel notó el comportamiento irreprochable del mulato; y repasando el de las numerosas visitas de aquel día, sin excluir á su condiscípulo Codina, comparábalo con la sencillez inalterable de Altagracia y la noble é ingenua franqueza de don Cayetano; y si no se confesaba á sí mismo que estaba equivocado con respecto á las intenciones del corazón humano, hallábase ciertamente á medio camino de hacerlo. Largo rato y con gusto conversó con Ambrosio; preguntóle por sus amigos de la calle de O'Reilly, y á cada paso inclinaba la conversación al terreno de hacer algo por él; pero sobre este punto Ambrosio, ó no le entendía ó no quería entenderle.

—Si alguna vez necesitas algo, Ambrosio,

ya sabes... tú eres pobre...—dijo al fin Gabriel, expresándose terminantemente.

—Yo soy pobre,—contestó Ambrosio,—porque no tengo posesiones; pero cuando Trina, y yo, y mis hijos nos ponemos á hablar de estas cosas... porque de todo ha de hablar uno... siempre venimos á parar en que somos ricos. Ya ve el señor, tenemos para nosotros y para los demás. ¡Bendito sea Dios!

—Pero á veces se presentan casos...

—Es verdad y bueno es contar con protectores como el señor; y si llegara el caso, bien podría el señor estar seguro de que tanto Trina como yo agradeceríamos el favor del mejor modo que podemos hacerlo, que es pedirle á Dios que le conceda la salud y toda clase de felicidades... Si al señor no se le ofrece mandar alguna cosa á su criado... con su licencia...

De esta manera despidióse Ambrosio, dejando un perfume de cristiana paz en el pecho del poderoso conde.

CAPÍTULO XL

LA CALLE DEL EMPEDRADO

Al día siguiente, acababa Gabriel de almorzar, cuando se apareció doña Marcela, gritando desde antes de entrar en el comedor con la voz un tanto cuanto anhelosa por la fatiga de subir aceleradamente las escaleras:

—¿Dónde está ese muchacho?

Gabriel se puso en pie sobresaltado al reconocer aquella voz que había sido, por decirlo así, el aliento de su vida; y antes de comprender la impresión que le causaba, se vió en los brazos de su madre adoptiva, juntándose rostro con rostro, y mezclándose las lágrimas de entreambos.

—¡Mi hijo!—una, y dos, y tres veces, exclamó la buena mujer.

—¡Mi madre!—añadía Gabriel, sin poder ni querer separarse de aquellos brazos amorosos.

Doña Marcela, que sabía por su esposo el estado de ánimo de Gabriel, no se quejó de que éste no hubiese ido inmediatamente á verla; y así no se vió él en el aprieto de tener que excusarse. Nuevas de su salud pedía doña Marcela, sin meterse en las psicológicas; preguntaba si Altagracia había hecho todos los encargos; quiso ver su cuarto; en suma, todo esa expansiva familiaridad de la madre que vela sobre las necesidades de su hijo; y las lágrimas desaparecieron, y estaban los dos como en los pasados tiempos de la calle del Empedrado. Luego vino el hablar de Eulalia, y lo bien que con ella se había portado; y la lidia que con su padre tuvo el día anterior, porque ella estaba en que él debía venir á saludar á Gabriel, y don Jaime con un ¡cá! y un ¡toma! había dicho que no, que él y Gabriel eran amigos de confianza, y que quedaban bien, ó mejor, aunque no se hiciesen cumplidos. La relación de los amores de Marieta y Manuel Felipe fue lar-

ga; y se rió Gabriel como hacía mucho tiempo no se reía, con las locuras que de enamorado hizo aquel ínclito mozo, y las travesuras con que la vivaz niña sazónó los alegres días del noviazgo; y el rumbo que echó Pep en el ajuar de la novia, y los diamantes que á ésta regaló el taita. Las Muerdecueros fueron asimismo objeto de la conversación, aunque en nada se había alterado su tenor de vida; y naturalmente, en la lista de antiguos amigos y conocidos, asomó la figura del nuevo personaje con que el número de sus relaciones se había recientemente aumentado, esto es, del licenciado Castells, mencionándose la broma que con él se daba á Eulalia.

—Dígame, mamá, ¿qué se ha hecho de la familia de Marieta?—preguntó Gabriel en una pausa que hizo la gacetera;—¿están todavía en Sagua?

—¡Hola! ¿tú sabías que se habían ido allá?

—Una casualidad.

—No hace mucho que volvieron, y me dieron parte de su llegada por la mulata Fermina; pero yo no estaba para visitas, ni Cayetano tampoco. Eulalia sí estuvo á ver á Lucecita; y, según me dijo, la halló triste y abatida. Por Eulalia supe también que á don Matías y don Servando los habían descompadrado ciertos negocios de intereses; pero que, á pesar de eso, don Servando seguía adelante con su proyecto de abrir un almacén al por mayor.

La conversación, que lleyaba trazas de no tener fin, fué interrumpida por don Cayetano, que venía tatareando una de sus canciones, y entró dando vaya á su mujer por haber dejado su casa para largarse á visitar á los mozos en las suyas. Marcial también se apareció á poco, y en aquella reunión in-



—¡Mi hijo!—una y dos y tres veces, exclamó la buena mujer.

tima desplegó toda su franqueza, vaciando su balija de noticias particulares, relativas á sus esperanzas de un próximo matrimonio y buen éxito en su carrera, y de una en otra materia, de una en otra broma, pasaron los cuatro un agradable rato, que no poco contribuyó á componer el ánimo aún perturbado de Gabriel.

No bien se hubieron retirado estas visitas, subió uno de los dependientes del escritorio, anunciando que estaba en él el doctor don Agustín de Porras, y deseaba saber si podía hablar con el señor conde. No sólo dió éste permiso para que subiera, sino que tuvo la condescendencia de ir á recibir en la escalera al doctor don Agustín, á quien de nombre y aún vista conocía, como que era un antiguo y distinguido abogado de la Habana. Haciéndose los mútuos saludos de estilo, pasó Gabriel con el doctor á la sala; y



El Dr. Agustín de Porras

sentándose con él en el estrado, preguntóle á que debía la honra de aquella visita. El doctor, séase que considerase la importancia de su comisión, séase que atendiese á la suya propia ó á la del dueño de aquella magnífica morada, que todo podía ser, ello es que no creyó oportuno ir desde luego al grano, sino escarbar y levantar primero la paja, como hacen los que juzgan que ninguna carta va bien escrita, si no llenan el primer párrafo de ella con floreos más ó menos retóricos y pedantescos.

—La honra es mía,—contestó, pues, el letrado con voz campanuda, y haciendo mecer las carnosas mejillas y papadas que *usque ad cutem* rusraba su barbero exactamente tres veces á la semana.—Y así como una honra, es también para mí una satisfacción conocer á un caballero, cuyo nombre resuena hoy entre las más lisonjeras frases, en todas las reuniones de la sociedad habanera. Nunca pudo la fortuna con más discretas manos conceder sus dones; de tal suerte, que si hasta aquí se ha pintado á la diosa privada de la vista, con razón podremos en lo adelante decir que anda con los ojos abiertos. Tal es la opinión general, señor conde, pues no hay quien no diga que la estimación en que se tenía á usted antes, no podía aumentarse con nuevos favores.

—Usted me confunde, señor don Agustín.

—No digo más que la verdad; y, aunque la elevación de usted necesariamente ha tenido que venir precedida de la irreparable pérdida de su distinguido señor padre, permítame usted que, al cumplir con la obligación de dar á usted el pésame, lo acompaño al mismo tiempo con mis más cordiales congratulaciones.

Aquí dió el doctor Porras la entonación del punto final, y entraron en reposo las masas que daban á su cabeza un tamaño desproporcionado al resto de su estatura. Gabriel escuchó el exordio del discurso sin hacer otra interrupción que la que dejamos apuntada; pero contestando á tantos cumplidos con repetidos saludos, mientras para sí decía: “Aquí tenemos la música de ayer. ¡Qué prosa! ¿qué querrá este hombre?”

—El objeto de mi visita es para mí honroso, y no dudo que para usted sea satisfactorio,—continuó el doctor, poniendo de nuevo en ejercicio las mandíbulas y las carnes que de ellas dependían.

—¿Es asunto de usted?—preguntó Gabriel, tratando de hacerle al legista el rumbo, temeroso de que volviese á extraviarse entre las islas y cayos adyacentes.

—No es precisamente mío, aunque pudiera tomarlo como á tal, siendo de un apreciable cliente, que me honra con su confianza.

—¿Puedo saber quién...

—Bien considerado, no debiera yo en esta ocasión hablar de él en su calidad de cliente; puesto que mis oficios ahora no son los del letrado, sino los del amigo.

—Y su amigo de usted ¿qué negocio?...

—Propiamente hablando, no es un negocio, y por eso he hecho esa distinción con

respecto al carácter con que he venido á presentarme á usted, solicitando su atención. El caso es...

—Veamos.

—que este amigo tiene algún motivo para creer que usted pueda haberse ofendido á causa del resultado de cierta entrevista, en la cual... ¡vamos!... no le fué dado satisfacer ni sus propios deseos ni los de usted. Por esto comprenderá usted que el individuo á quien me refiero es don Matías Corsino. No hay en el vocabulario de nuestra lengua, á pesar de su riqueza, palabras con que pueda yo encarecer la pena que ha afligido á mi cliente, ó, mejor dicho, mi amigo, mi buen amigo don Matías desde entonces; y antes hubiera reparado el daño que le privaba de la agradable sociedad de usted, si un negocio de suma importancia no le hubiera compelido á dejar la capital para ir á Sagua. Muy pocos días hace que retornó, después de haber realizado la compra de un gran ingenio en aquella rica jurisdicción; y su primera diligencia ha sido solicitar mis servicios, aunque humildes, para manifestar á usted, por conducto mío, lo afligido que estaba, y ésto, por aquella deplorabilísima circunstancia. Como puede usted comprender, señor conde, la ausencia de usted de nuestra capital ha sido causa de que la realización de sus justos deseos haya padecido demora hasta hoy, en que espero ser portador de un mensaje favorable de usted, que devuelva la quietud al ánimo de mi cliente... mi amigo. Debo añadir que la amable esposa de don Matías, que muestra por usted una preferencia, justa á todas luces, ha tenido conocimiento del paso que, por mí indigno conducto, estaba determinado á dar su esposa, y lo ha aprobado con una solicitud que acrecienta los quilates de su carácter bondadoso y esencialmente hospitalario.

Otra grave entonación de punto final siguió á esta redondeada encomiástica frase con su correspondiente pausa, como si el buen doctor hubiese agotado el fértil raudal de su oratoria. Gabriel hubo de comprenderlo así, y en breves y sencillas razones contestó que quedaba enterado, y que don Matías podía vivir tranquilo; con lo cual, y repitiendo los antitéticos cumplidos en que pésames y parabienes se codeaban y empujaban, bajó don Agustín de Porras las escaleras; y fué á dar cuenta de su comisión al cliente amigo ó amigo cliente que en el estudio lo esperaba.

Esta escena hizo de nuevo hervir la sangre mala de Gabriel, que se volvió al gabinete murmurando: “¡Miserable! Es capaz de vender ahora á su hija, y hecharse luego á dormir la siesta á pierna suelta. ¿Será posible que ella también?... No puede ser, no puede ser; aquel candor era legítimo... ¡Oh! me iría á un desierto.” Para colmo de males fué por la noche á casa de Codina; y si halló en Eulalia la amiga franca y amable de antaño, no pudo tener con ella un rato de conversación íntima, porque estaba de

visita el licenciado Castells, que le fué presentado. Por fortuna este señor le agradó; pues, como era hombre de calma, trató al señor conde sin hacer ninguna demostración intempestiva. Don Jaime, como Eulalia, recibió á Gabriel según lo había hecho siempre: conociáseles á la legua que estimaban á su antiguo amigo por lo que él valía, no por las adquisiciones que acababa de hacer. Después de pasar allí un rato, y tomar una buena taza de chocolate con las acostumbradas recomendaciones de don Jaime, se dirigió á la calle del Empedrado.

Al entrar en ella, y ver sus edificios, tales como los recordaba él desde niño, comparó su inmovilidad con los cambios en su vida. En casa de Codina dió al cochero la orden de ir á desenganchar, de manera que iba á pie. Con lentos rasos caminaba, y fijaba la atención en todos los objetos que á la vista se le presentaban, y que de tan diversos modos había mirado, según las alteraciones que con la edad en sus ideas se efectuaban. Los vendedores ambulantes, anunciándose y recomendando sus barquillos, pasteles, empanadas y sorbetes con palabras medio recitadas y medio cantadas; las casas con las grandes rejas, al través de las cuales veíase el estrado en la sala, y sentada en él la familia, unas veces animada con alguna visita, otras silenciosa y soñolienta: la tierna doncella de pie junto á la reja, conversando en voz baja, ó pelando la pava, como suele decirse, con el apuesto mozo, que se pega á la pared para no ser visto desde el estrado: la repetición de estas mismas escenas en el umbral de la puerta de la cillé entre los criados: el cochero que, de vuelta de un viaje, perezosamente echando una pierna sobre el arzón delantero de la silla, atreviéndose la calle, y se detiene á echarle un requiebro á la moza de color, que se fastidia de estar sola en la puerta del zaguán; la mudanza repentina de todas estas tranquilas escenas cuando se deja oír la campanilla que anuncia la proximidad del sacerdote con el santo viático, y en cada casa aparece una vela encendida, y el pueblo se arrodilla y ora, convirtiendo la calle en templo; todo, y con todos sus más insignificantes pormenores, hería aquella noche vivamente la vista, y, más que la vista, la imaginación de nuestro Gabriel al dirigirse á la morada, donde en su triste abandono, fué con tanto amor albergado.

“¿Será posible,” pensaba, “que todo lo que estoy viendo sea falsedad? ¿Será posible que esos infelices vendedores no tengan más objeto que una miserable socaliña? ¿que esa niña engaña al amartelado galán, y que el galán se deja engañar para ocultar mejor un negro designio? ¿que todas esas relaciones sean un tejido de intrigas, que cada uno no piense sino en su propio interés, y que ese acto de devoción sea pura hipocresía?... Ó ¿es que todo es bueno y santo, y yo tengo el alma enferma, y estoy dejado de la mano de Dios? ¡Con qué ánimo tan diferente veía yo estas cosas en mi niñez! ¿Qué

digo en mi niñez? No hace dos meses que, abrumado por un dolor agudo, dejé estos lugares, y antes de aquel tristísimo día, todo era hermoso, y brillante, y consolador... Y ahora....."

Al presentarse Gabriel en la puerta de la casa de don Cayetano, los criados que estaban en ella se pusieron en pie sorprendidos, y, llenos al mismo tiempo del más puro regocijo, dábanle la más afectuosa bienvenida, y corrían delante de él para avisar á sus amos que allí estaba "el niño." Doña Marcela y don Cayetano se hallaban solos, sentados en el patio, la primera haciendo rezar á dos ó tres negritos antes de mandarlos á la cama, y el segundo dando cabezadas en su butaca. Por un momento todas las imaginaciones de Gabriel desaparecieron; y, después de saludar á sus buenos amigos, dijo que venía á pasar allí la noche en su antiguo cuarto, y que fuera uno de los criados á su casa para advertir á Altagracia donde estaba, y que no tenía que esperarle.

Grandísimo placer sentían los dos esposos al ver, si no contento, por lo menos animado al que todavía llamaban hijo, el cual les refirió por extenso todo lo que había pasado durante su ausencia, sin exceptuar el conocimiento de Lucía, y concluyendo por la visita de don Agustín de Porras, punto este último sobre el cual no pudo menos de desahogar el enojo que le había causado. Don Cayetano, sin vacilar, tomó con toda franqueza sobre sí la defensa de don Matías.

—A tí,—dijo,—parece que te ha hecho cosquillas la palinodia de ese individuo que por arte de birlibirloque lleva tú mismo apellido.

—Vamos, Cayetano,—interrumpió doña Marcela,—no des bromas con cosas como esas.

—Déjele usted, déjele usted,—dijo Gabriel, sonriéndose y recostándose en la silla en actitud de escuchar.

—¡Broma!—exclamó don Cayetano; enderezándose en la suya,—no se trata de bromas; hablo con seriedad..... Mira, hijo, tú no tienes razón en quejarte tan amargamente de don Matías. Ese dejito amargo no es natural en tí; y es preciso, para que se te quite, que protejas el ramo de confitería, ó te vayas á uno de tus ingenios á hartarte de miel.

—Hombre, justamente..... pero no quiero interrumpirle; luego hablaremos de eso.

—Don Matías,—prosiguió don Cayetano,—es un egoísta. Tú lo sabes. Se puede decir sin temor de que en desquite nos digan que somos murmuradores. Está bien. Con todo, antes de suponer que, al dar este paso por medio de su abogado, lo ha hecho con miras interesadas, es justo que aguardemos á tener pruebas de ello. Ahora bien, como esas pruebas no existen, también es justo, en la duda, inclinarnos á su favor. Que él y su familia te han tratado siempre con la mayor consideración..... más todavía, con cariño..... es cosa que no se puede negar; y esas demostraciones se deben de tener en cuenta para formar juicio sobre una perso-

na. Si no, á Dios el agradecimiento. No hay que decir que una ofensa cae sola un favor; porque no hay hombre en el mundo tan lleno de perfecciones que no se halle expuesto á cometer una falta; y por consecuencia es menester ser indulgente, y mantener vivo el favor, sepultando las faltas en el olvido. Pero hablemos claro, y veamos si en este caso ha habido ofensa. Matías se opuso á que tú le cortejases la hija. ¿Tenía él algún compromiso contigo sobre este particular? ¿Tenía razón, tenía derecho para pedirte explicaciones sobre tu familia? ¿Quién lo duda? Era su deber: cualquier padre de familia hubiera hecho otro tanto. Ahora se descuelga con su palinodia lisa y llana. ¿Hace mal? ¿Quién se atreverá á decir que hace mal? Que tendría en ello miras interesadas.. Bueno, doy de barato que las tenga. ¿Cuáles pueden ser esas miras? ¿aprovecharse de tus riquezas? ¡Mal pecado! si está riquísimo, y acaba de hacerse en Sagua de un magnífico ingenio. ¿Querrá que te cases con la hija? ¿Hay cosa más racional? Habráse visto..... ¿No estabais tú y ella á morder en un confite? ¿Cómo sabes tú que con un canto en los pechos no se hubiera dado por bien servido don Matías, entonces, con darte la mano de su hija? Si tuvo sus proyectos con Servando, ya sabemos que la niña dijo nones, y que papá no insistió. ¿Qué cosa más justa que un padre trate de colocar bien á sus hijos, sin quebrantar su voluntad? Estás viendo visiones, hijo mío.

—Y Luz es muchacha que se lo merece todo,—observó doña Marcela.

—¿Quién lo duda? Es una perla,—afirmó don Cayetano.

—Tan inocente, tan piadosa, tan buena.

—Las razones de usted son muy justas,—dijo, después de breve silencio, Gabriel, volviéndose á don Cayetano;—pero ahora no quiero pensar más que en el proyecto que me ha estado hormigueando en la cabeza; y es irme con usted á pasar unos días en cualquiera de..... las fincas..... de.....

—¿Tus fincas? ¡Excelente idea! Mañana mismo tomamos el tren, y decimos adiós á la Habana; pero cuenta que sea por unos días nada más; porque hay que hacer, ¿estás? Y ahora que esta el sereno cantando las doce, me parece que es tiempo de irnos á la cama.

—Sí, buenas noches,—dijo Gabriel tendiendo entrambas manos al buen anciano, que, después de estrecharlas, se dirigió á su cuarto, entonando el "Buenas noches, don Basilio," de *El Barbero de Sevilla*.

—Tu cuarto está como estaba, siempre esperándote,—dijo doña Marcela, poniéndose en pie, y tomando de la mano á Gabriel para conducirlo.

—Una cosa hay que no había antes, madre, y es ese cuadro,—dijo Gabriel al entrar en el cuarto, recorriéndolo con la vista.

—Es la estampa de nuestra Señora de la Piedad, que hice poner para venir aquí á rezar y pedirle al Señor que te hiciera volver. Ya ves, me lo ha concedido. ¡Bendito sea!

CAPÍTULO XLI

LUCÍA MARBELLA

Una semana ó más pasó Gabriel en el campo; y á su vuelta á la Habana, lo primero que hizo fué visitar á Eulalia, escogiendo para ello las horas de la mañana con el objeto de no tropezar con el licenciado Castells. Hallóla, en efecto, sola; y, después de saludarse, entraron ambos en íntima conversación, como en anteriores entrevistas, que tan agradables al par que útiles habían sido para Gabriel. Eulalia, con su perspicacia natural, conoció al punto las argucias y cuodlibetos de que estaba llena la cabeza de su amigo, y sin empacho los tomó por su cuenta.

—Conque ¿es posible, Gabriel, que hasta de mí hayas desconfiado?—le dijo con tono de queja y una indulgente sonrisa, después de oírle referir sus penosas cavilaciones.

—Sí, de usted también, Eulalia. Mi alma durante todo ese tiempo, ha estado en la más desconsoladora soledad, y aun ahora siento su dejo amargo.

—Pero ¿ya no te complaces en ella?

—Es lo único que he ganado.

—No es poco.

—¿Cómo resistirse á la bondad y al cariñoso agasajo de mis amigos?

—Me alegro que creas tienes amigos; porque después de creer en la amistad, sólo hay un paso para creer en el amor. Yo supongo que entre esos amigos me cuentas á mí, ¿no?

—¿Quién lo duda?

—Pues voy á hablarte con franqueza. Yo creo que lo que debes de hacer es fijarte en todo lo que exija tu atención, con motivo de las nuevas circunstancias en que te hallas. Déjate de querer irte al campo, á menos que sea para inspeccionar los trabajos de tus fincas; déjate de pensar en irte á dormir en el que tu llamas tu querido cuarto de la calle del Empedrado. Todo eso no son sino sueños poéticos que interesan mucho cuando uno los ve escritos en las libros; pero que, en la realidad de la vida, hacen al hombre afeminado y tímido. Entra con calor á tomar, en tu propia casa, el puesto á que la fortuna te ha elevado, y en el cual puedes hacer mucho bien á la sociedad, cultiva las amistades de tu padre, y también las de tu madrastra; y sobre todo, atiende á tus intereses, aunque no pueden estar en mejores manos que en las de don Cayetano. Lo importante es que estés empleado; y en tu posición hallarás bastante que hacer, no sólo con tus negocios privados, sino con los públicos.

—¿De dónde saca usted tan sabios consejos, mi bueno Minerva?

—Podría decirte que una sincera amistad los dicta para acabar de sacudir las telarañas que tienes en los ojos; pero, aunque la amistad contribuye á ello, también tiene no poca parte lo que veo hacer á mi padre, y lo que oigo que aconseja á Marcial, poniéndole



—Es la estampa de Nuestra Señora de la Piedad

por delante los malos ejemplos para que los evite.

—¿Yo uno de ellos?

—Vamos, Gabriel, ni en chanza lo digas, que tú sabes lo que papá te estima. Además, tu empiezas á vivir ahora.

—¿Se puede saber cuáles son esos ejemplos?

—¿Por qué no? Bien sabes que papá no es amigo de murmurar, de manera que puedes comprender que cuando habla de la conducta de algunas personas, es por necesidad.

—Ya adivino.....

—Muchas veces le presenta papá á Marcial, como dos escollos que debe evitar, la carrera de don Ildefonso y la de don Matías.

—Los mismos.

—Don Ildefonso no se ocupa absolutamente en sus asuntos, que son también los de su mujer y sus hijos; y don Matías, al contrario, no piensa sino en aumentar su propia fortuna. Don Matías está rico, don Ildefonso, acibillado de deudas.

—Puede ser que en don Ildefonso sea vanidad, y en don Matías, amor al progreso,—observó Gabriel riéndose.

—¿Qué vanidad ni qué amor al progreso! ¡Egoísmo!

—¿Qué severa es usted!

—¿Yo? no: lo será papá. Ninguno de los dos sirve á su país como debiera. Ten tú presente que activando tus intereses, sirves á tu país.

—¿Sabe que yo creo que don Cayetano es del mismo parecer que usted? Porque no cesa de hablarme de los negocios de la casa; y quiere que á todo trance pertenezca á las sociedades á que él pertenecía; para protegerlas.

—Bien; pero no ha de ser sólo para protegerlas, sino para trabajar en ellas.

—Con tan buenos consejos.....

—.....será el conde de Castelamar la honra de su país.

—Ahora falta hallar quien comparta con el conde

La gran carga que en sus hombros pesa

—Por supuesto,—repuso Eulalia, riéndose,—una condesa.

—Ahí está el busilis.

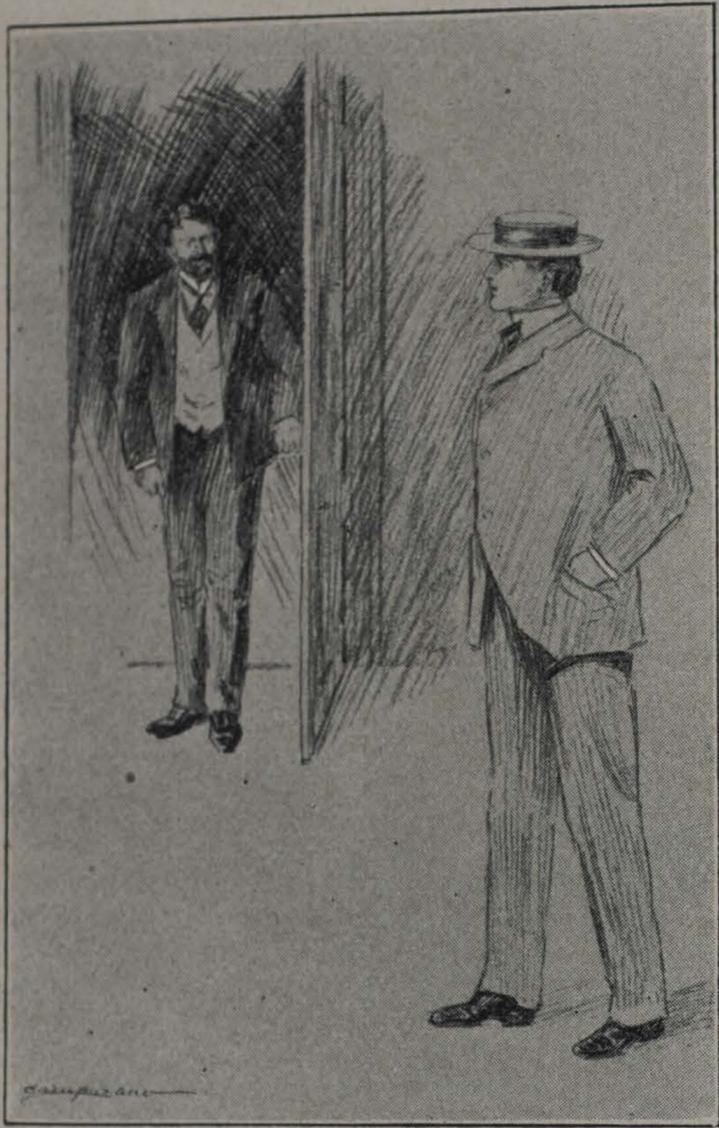
—No hay tal busilis..... ahí está Luz.

—Luz me ha rechazado.

—Ella no.

—Nunca me ha querido.

—¿Quién sabe? Gabriel, tú no conoces á



.....sin que le descubriesen los ojos de lince de Monsieur Didier

Luz. Si esperas de ella una pasión volcánica como las de una novela, te das chasco. Luz no es un volcán; pero es una llama pura y constante, alimentada por el sentimiento de los deberes religiosos. No se apagará sino con la muerte, yo te lo aseguro.

Gabriel lanzó un suspiro y permaneció en silencio.

—No hablemos más de mí,—dijo al fin,—no vale la pena.

Descartando de esta manera lo que á él concernía, volvió la tortilla, y principió á dar bromas á Eulalia sobre las visitas de Castells; y ella, riéndose y sonrojándose, aseguró á Gabriel que no había nada de lo que suponía; pero que, si algún día hubiese

algo, él sería el primero en saberlo, y su consejo muy atendido.

De casa de Eulalia se fué Gabriel en derecha á la calle de O'Reilly á ver á sus amigos bayameses. Pero ¿cómo había de pasar por el zaguán sin que le descubriesen los ojos de lince de monsieur Didier? Al discreto lector dejamos suponer las cortesías hasta el suelo, los raptos de entusiasmo, los encomiásticos floreos del francés: nosotros preferimos pasar desde luego con nuestro héroe al cubil de los licenciados en ciernes, los cuales, tendidos en las camas sin hacer, estaban profundamente abstraídos, José Miguel estudiando derecho de gentes en la última novela francesa; y Joaquín meditando sobre la nicotina en la fragante nube de un rico habano. En un salto pusiéronse los dos de pie, al ver entrar á su antiguo huésped; y corrieron á abrazarle, dándole la más cordial bienvenida, y dejando caer sobre su cabeza un aguacero de preguntas, más enderezadas á satisfacer la curiosidad sobre los sucesos que le habían subido al pináculo de la fortuna, lanzadas las más á guisa de broma ó cuchufleta.

—Es preciso recibir á Gabriel con toda pompa,—gritó de repente José Miguel, sentándose al piano, y haciendo vibrar sus cuerdas con los majestuosos acordes de la marcha real, que terminó con un ruidoso zapateo.

—¿Qué lástima que no esté aquí el monsieur, que anda haciéndose ropa de etiqueta desde que supo que monsieur Ramírez es conde vivo y efectivo!—dijo Joaquín;—le avisaremos.

—No, chico, no,—contestó Gabriel;—ya me encontré con él al entrar, y me ha hartado de saludos y cumplimientos.

—¿Quién le hubiera visto!

—Dime, Gabriel,—preguntó Joaquín, ¿has echado cuerpo en el condado? ¿te sirve la ropa?

—Vamos,—contestó Gabriel,—que no he venido aquí para que me condeen, sino á pasar un rato con ustedes, y darte á tí, José Miguel, un jaque mate redondo como una bola.

—¿Qué pieza quieres te dé?—preguntó José Miguel.

—Ninguna.

—“Arrogante, moro estás.”

—“Toda la arrogancia es mía.”

—Si don Cástulo se dejara caer por aquí,—dijo Joaquín,—podríamos echar una mano de brisca ó de tresillo.

—¿No ha vuelto por acá el insigne vate?

—Ni por pienso; parece que le ha cogido miedo al clima de estas alturas.

—Y de Pantaleón ¿han sabido?

—Ni jota.

—Vamos, yo están aquí las piezas, Gabriel, te doy el arfil del rey.

—Ni un peón..... Ambrosio ¿siempre el mismo?

—“Que se alborote el abismo, que el cielo se caiga abajo, que el Ebro se pase al Tajo, Fray Ambrosio siempre el mismo.”



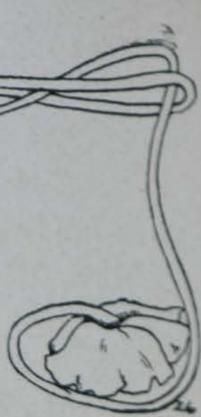
SU RECUERDO
POR
M. ALBALADEJO

¿Por qué invade tan pronto la tristeza
la luz de una belleza
que con nítidos rayos ilumina
del amor el magnífico sendero,
cual brillante lucero
de una fugaz constelación divina?
El espacio cruzaban soñolientas
las nubes cenicientas;
y del sol al crepúsculo se unía
la agonizante luz de su mirada...
¡En mi pecho enclaustrada
aun llevó la congoja de aquel día.
Tejiendo una aromática madeja
las flores por la reja
de su balcón solícitas trepaban;
mas al ver de la virgen deslumbrante
el pálido semblante
con mustia languidez se deshojaban.
Un postrimero desigual latido
siniestro, comprimido,
dejó inmoble su seno de alabastro...
como espira un gemido de Beethoven
murió la triste joven...
¡así se oculta entre la sombra un astro!
¡Es su efigie el perfume de mi alma!...
Con aparente calma
fuí á dejar sus despojos en la tumba;
y de aquel cementerio en los caminos
el gemir de los pinos
como un sollozo en mis oídos zumba.



PRESA DEL AMOR

Por Oscar Ugarte



Lo DICHO, Carlos: eres un niño. Antes de entregar tu corazón á una mujer, debes analizar lo que haya en su alma. Muchas veces las más bellas son las más malas. Hay algunas que pueden compararse con esos licores que al primer trago halagan dulcemente al paladar para mostrarse al instante muy amargos, muy amargos.

—Pero, Luciano, ¿no has oído mis recientes palabras? No sólo es una mujer ideal por su incomparable belleza. Ya ha tenido para mí elocuentes demostraciones de bondad.

—Analiza Carlos, analiza profundamente. Piensa que hasta el cristalino arroyo que mayores galas agrega á la hermosura de la selva, arrastra el lodo en su fondo.

—¡Ay, querido hermano! Tus desfavorables juicios sobre la compañera del hombre hace presumir que en tu pasado sufriste algún horrible desengaño. Mas ¿todas las mujeres son iguales?

—Escúchame, escúchame. Aunque eras un niño cuando ocurrieron los acontecimientos de que voy á hablarte, algunos no deben haber pasado inadvertidos para tu alma infantil. A los dieciséis años me embarcó nuestro padre para los Estados Unidos, con el propósito de que cursara allí la carrera de ingeniero. Partí muy triste, porque nunca hubiera querido abandonar á mi Cuba ni á mi familia. Acaso aquella repulsión al viaje fué un presentimiento de las tempestades que habían de combatir más tarde mi alma. El primer año viví dedicado en absoluto al estudio. ¡Ay! Aun con mis tristezas de entonces, ¡cuán feliz hubiera sido si

al amor del estudio no hubiera sucedido aquel otro amor maldito que acibaró mi existencia y llegó á levantar infranqueable muralla entre mi hogar y yo.

—Ahora me doy exacta cuenta de aquellos sucesos que cruzaron ante mis infantiles ojos cegándolos con la impresión de sus llamaradas. ¿De modo que fué una mujer la que.....?

—¡Una mujer! ¡Una mujer más bella quizás que la que pretende pisotear tu corazón inexperto! ¡Un ángel! Así le escribí la última vez al autor de nuestros días, cuando intentaba—¡necio de mí!—disculpar mi desordenada conducta y obtener el consentimiento paterno para unir mi nombre al de aquella miserable. Era venezolana. Se llamaba Laura Peralta..... Por aquella mujer abandoné los libros; por ella engañé muchas veces á aquel buen padre; por ella hice en Filadelfia onerosas deudas; por ella expuse mi vida en desigual encuentro; por ella cometí acciones de que después mucho me he avergonzado; por ella eché sobre mi nombre el peso abrumador de un vergonzoso desprestigio!.....

—Poderosísima influencia ejercía en tu voluntad aquella mujer.

—Pues bien, hermano. ¿Sabes cómo rompió conmigo?..... ¡Oh! No se mostró parca en la recompensa. Una mañana llamaron á mi cuarto para entregarme un sobre abierto (quiso la malvada hacer más público mi deshonor y mi desengaño.) Miré y volví á mirar la dirección. Aunque veía su letra me extrañaba que una mujer á quien acababa de dejar tres horas antes, tuviera necesidad de escribirme..... Por fin me

decidí á leer el pliego que venía dentro del sobre..... No contenía más que estas palabras: "*Luciano: tu amor no satisfará nunca mis anhelos. Mi corazón pertenece á otro hombre. ¿A qué engañarte más? Cuando en aquel duelo que quise evitar, te hirió el mexicano Luis Aranda, ya era más de él que tuya*"..

—¡Pobre hermano!

—Ni una palabra más, Carlos; ni siquiera la firma, que acaso pudiera haberla comprometido..... Dime ahora si son razones poderosas las que dictan mis consejos, querido hermano.

Carlos apoyó los codos en la mesa que lo separaba de su hermano y descansando la barba sobre las palmas de las manos, quedó un momento pensativo, mientras Luciano miraba al suelo con los ojos humedecidos por las lágrimas que les había arrancado el triste recuerdo de sus desgraciados amores.

Como obedeciendo á una firme resolución, único fruto de la meditación en que estuvo sumido su pensamiento por cortos momentos, exclamó Carlos:

—Pues bien, Luciano: no obstante esos consejos, hijos de tu gran cariño, que pretende, como guía experto, llevarme de la mano para desviarme de un abismo que se esfuerza en ver donde acaso no existe, no puede mi voluntad resistir á la atracción de Gonzalina, de ese poderoso imán que arrastra mi alma, impotente acero!..... Estoy en el mismo caso. ¿Pudiste ceder á la avalancha de consejos paternales que osaron detenerte en el camino de tu perdición?..... Yo tampoco puedo ceder..... Es más: si Satanás en persona me garantizara el infierno del desengaño al final de la jornada, no retrocedería, no podría retroceder. ¿Qué voy á hacer? Estoy á bordo de un barco sin brújula y ya los ojos no distinguen la tierra en el horizonte..... Pero aún queda el sol, aún queda la estrella polar..... Conservo una esperanza de orientación.....

Luciano cedió el campo á su obstinado adversario. Perdió los últimos bríos al recordar que efectivamente, nadie pudo arrancarle de los ojos la venda, cuando concentró todas las aspiraciones de su vida en amar á Laura y sacrificar su existencia en las llamas de aquel amor tan grande como insensato.

Resolvió poner en juego otros medios más eficaces.

Pensó que podía ofrecer un éxito más lisonjero visitar á Gonzalina y convencerla de alguna falsedad que ocasionara á tiempo el necesario rompimiento. Todos los medios le parecían buenos con tal de lograrlo.

Aquella misma tarde se presentó en casa de Gonzalina.

—Dí á tu señora que un caballero desea ser recibido por ella—dijo á la doméstica que le abrió la puerta.

Al instante fué recibido.

Gonzalina estaba vuelta de espaldas. Luciano se sintió estremecido por el asombro que despertó en él aquella negra y ondeada cabellera, aquella blanca nuca.

Permaneció inmóvil varios segundos, hasta que, como la nieve al calor de los rayos solares, se desvanecieron sus dudas antela lógica de esta observación:

—¡Qué diablos! Laura está en Filadelfia.

Y se dirigió resueltamente á donde lo esperaba Gonzalina.

Pero Gonzalina era Laura.....

¡Qué horrible impresión hizo en el alma conturbada del desgraciado Luciano aquel inesperado y fatal encuentro! Tuvo necesidad de retroceder algunos pasos y sostenerse en la mesa que ocupaba el centro de la pieza para no caer.

Ella sólo hizo un gesto de desagrado.

Luciano intentó tomar la puerta poco antes franqueada; pero lo detuvo con imperiosidad el deber que se había impuesto de salvar á su hermano entonces más que nunca, y poniendo un dique al torrente de amargos recuerdos que había des-

atado la presencia de Laura en la Habana, dijo:

—Señora, ¿qué se propone usted hacer de mi hermano?

—Ya sabía que era hermano de usted. Es decir, lo he sabido por él, aunque, por lo que á mi respecta, ignora lo ocurrido entre nosotros.

—Suplico que se concrete á contestar mi pregunta.

—Como no reconozco en usted suficiente autoridad para hacerla, pudiera mostrarme rebelde á contestarle; pero, después de todo, es tan fácil complacerlo. ¿Quiere usted saber que me propongo hacer de Carlos? Pues, un hombre feliz.

Luciano la miró despreciativamente y exclamó:

—¿Y me lo dice usted á mí? ¿Puedo creerlo yo que lo sacrificué todo por usted para obtener una inícu recompensa?

—Verdad es lo que usted dice. Lo confieso. Bastante me lo ha echado en cara la conciencia... Pero he de expurgar la falta cometida.

—No comprendo cómo.

—Haciendo por su hermano tantos ó más sacrificios que usted por mí. Vea usted esos documentos—agregó, señalando unos papeles que se encontraban sobre el *secrétaire*—y se convencerá de que voy á poner á nombre de Carlos las propiedades que á su muerte me dejó en México Luis Aranda. Usted recordará el amor que tuve siempre á las riquezas...

—Señora,—interrumpió Luciano, procurando dibujar una amarga sonrisa—es dudosa la sinceridad de sus propósitos. ¿Cómo nunca pensó usted en la víctima para realizar la deseada enmienda?

Gonzalina titubeó en contestar, decidiéndose por fin á hacerlo:

—Ya que usted lo quiere, sea. Pues, porque á usted no lo hubiera querido jamás y á él lo adoro como no he amado nunca á ningún hombre.

El desdichado Luciano sintió que de un certero golpe le atravesaban el corazón.

Confundido, desesperado, salió á la calle, á buscar el aire que les faltaba á sus pulmones, y se lanzó á caminar, á caminar sin rumbo fijo, sin saber á dónde, sin darse cuenta de lo que hacía. Parecía que la locura había hecho presa en su cerebro con la ferocidad de una hiena...

Al siguiente día una trágica noticia embargaba de inconsolable tristeza el alma de Carlos. Una bala agujereando el cráneo de su desgraciado hermano había sido el punto final de su combatida existencia.

En la levita del suicida, encontró el juez la siguiente carta:

“Querido hermano: Tu Gonzalina es la que debió haber sido mi Laura. Me ha dicho que te ama con locura. ¡Qué dichoso eres!..... No puedo odiarla ni quiero odiarte. ¡Adiós!”

Luciano.

MADRIGAL

POR R. BUENAMAR

Volaba vagarosa
en torno de una luz la mariposa
con su brillo extasiada,
y al quererla besar quedó abrasada.

Así, mi virgen pura,
quise admirar tu espléndida hermosura,
que á Venus diera enojos,
y me abrasé en la lumbre de tus ojos.

1870.

ALBUM DE DAMAS



Sra. Rosa Aluija de Gálvez

REVISTA DE IMPRESOS

Club Woman.—“El mensaje del Presidente”, por la Sra. Sarah Platt Decker y un artículo biográfico del nuevo Presidente de la Federación General, son dos trabajos notables del número de Julio. Añaden nuevos atractivos al magazine otros artículos y notas de información, especialmente para las señoras. Un oportuno trabajo sobre los “Casamientos á la moda”, por Antonia Kolin; otro sobre El Kindergarten, por Julia A. Balbach, además de varios cuentos y poesías, completan el texto de la interesante revista femenina.

Purificación de las aguas de cloacas.—Hemos recibido un folleto, ilustrado con fotografías y planos, que se ocupa del importantísimo problema que lleva por título, y que en resumen da á conocer los resultados comparativos de los métodos de precipitación química y de purificación bacterial.

Resulta la obra de utilidad práctica para nuestras autoridades sanitarias y para los médicos é ingenieros.

La obra es una edición especial del trabajo publicado en la *Revista de Construcciones y Agrimensura*, de esta ciudad, y está dedicada á los alumnos de la floreciente y utilísima Escuela de Ingenieros y Arquitectos de la Universidad de la Habana. Precio del ejemplar 40 centavos.

Pueden dirigirse los pedidos á la librería de M. Ricoy, Obispo 86.

Mensaje del señor Presidente de la República. Contestación de la Asamblea Nacional Constituyente y otros importantes documentos. Tegucigalpa. República de Honduras.

Bélgica. Museos Comerciales. Servicio Consular. Enseñanza y propaganda industrial y mercantil. Datos para el estudio de su organización é importancia, recogidos para un Informe al Ministerio de Fomento, Colonización é Industria, de los Estados Mexicanos, por Gilberto Crespo y Martínez. Volumen de doscientas ochenta páginas. México.—Trabajos como el del Sr. Crespo son de positiva utilidad, porque tienden al engrandecimiento nacional por medio del desarrollo de las fuentes de riqueza propias. Cuanto hagan los gobiernos en bien del comercio y la industria, redundará en bien general de la nación. La publicidad y enseñanza industrial y mercantil son factores muy importantes que los gobiernos ilustrados tienen muy en cuenta, á cuyo efecto cooperan á la fundación y mantenimiento de los llamados Museos Comerciales, distinguiéndose en ello el gobierno belga. El Sr. Crespo en

su libro,—que publicó hace algún tiempo, pero del que recientemente nos ha favorecido con un ejemplar—trata extensamente, con gran acopio de datos, de los citados Museos Comerciales.

Por Nicaragua, por el Partido Liberal, por el General Zelaya.—Folleto de setenta y seis páginas, escrito por Adolfo Altamirano. Managua. Es una calurosa defensa del Partido Liberal y su jefe General Zelaya, en contestación á los ataques que en otro folleto formuló el doctor Madriz.

Herencia Sifilítica, por el doctor Tomás Hernández. Folleto de ocho páginas, Habana. Concienzudo trabajo científico, que con anterioridad fué publicado en la “Crónica Médico Quirúrgica” de la Habana.

Estación Central Agronómica, Santiago de las Vegas. Circular número cinco. Contiene los siguientes importantes trabajos: Semilleros de tabaco, por Francisco B. Cruz; Las pulgas, desarrollo, hábito y remedio, por C. F. Baker; Notas acerca de la cría de aves, por E. W. Halstead.

The Delineator, Nueva York.—El número de Septiembre es de excepcional interés para los que siguen los movimientos de la moda. Contiene abundante información acerca de los estilos fin de año é ilustraciones en colores de las novedades más salientes. Entre su material literario es de citar “La mujer rusa,” por Wolf von Schierbrand.

La Renaissance Latine, 15 Agosto, París. Número selecto. Por su actualidad, citaremos los siguientes trabajos: Cartas del Japón, por Rudyard Kipling, y Congreso socialista internacional de Amsterdam. “La vida Latina”, ocúpase del movimiento político de Europa y América, y el intelectual de Italia, Rumanía y España. El artículo relativo á la última, que firma Boris de Tanenberg, está dedicado á la labor fecunda y original de Miguel de Unamuno, docto catedrático de la Universidad de Salamanca.

The Outlook. Nueva York.—El magazine de Septiembre ocúpase preferentemente, en un artículo de R. L. Bridgman sobre la paz del mundo, del Congreso Internacional de la Paz en Boston y la Convención Parlamentaria de San Luís. Mr. George Kennan, corresponsal especial del *Outlook* en el Oriente, dedica un excelente artículo á la Cruz Roja japonesa.

NOTAS Y NOTICIAS

Por Fructidor

YA VUELVEN, alegres y dichosos, los que á lejanas playas se fueron en busca de aires frescos para el cuerpo y expansiones para el alma.

Ya vuelven, tostados por el sol y saturados del salobre de las brisas marinas, que les dan apariencias y olores de seres exóticos... para los que, en nuestros veraneos, no hemos pasado de la playa de Marianao.

Ya vuelven, con los ojos muy vivos y la lengua muy suelta, hablando de lo que han visto y de lo que han dejado de ver, contándonos lo que han gozado y lo que han dejado de gozar, dispuestos á deslumbrarnos con sus relaciones estupendas.

Ya vuelven, ya vuelven en bandadas los que en bandadas se fueron. Vienen de San Luís, de Nueva York, de Asbury Park, de Atlantic City, de Saratoga... ¡Oh! Se han divertido mucho... y se han aburrido muchísimo. Porque el veraneo, lo mismo aquí que en Pekin, ó si lo prefieren, igual en Marianao que en Saratoga ó en Biarritz, no es más que un modo elegante de aburrirse.

Verdad que es mejor aburrirse en un buen punto de temporada, teniendo por toda ocupación beber refrescos en las terrazas de los hoteles y admirar á mujeres hermosas paseando ó bañándose, que fastidiarse en pleno verano en una ciudad tropical.

La única compensación, por lo que á la Habana respecta, es que los que en ella veraneamos tuvimos ocasión de espantar el calor con abanicos de guano, refrescarnos con helados de piña y de gua-

nábana, y expansionarnos con las retretas del Malecón.

Todo esto bien vale el sacrificio de declinar el honor de veranear en una playa elegante del Norte.

* * *

Emilio Puyans.

Es el nombre de un elegido del arte, que personifica á la vez una gloria para Cuba.

Joven, muy joven, pues apenas cuenta veintidós años, ha alcanzado ya merecida fama y abtenido grandes premios. Alumno del Conservatorio de París, cuya plaza ganó por oposición en 1900, supo obtener con su talento y perseverancia, el *Primer Accésit* en 1902, el *Segundo Premio* en 1903, y el *Primer Premio* en este año. Esta serie sucesiva de triunfos es una prueba patentísima del genio musical de nuestro joven compatriota.

Y hay que advertir que sus triunfos no se han circunscripto sólo al Conservatorio, sino que han trascendido á los principales salones y centros de arte de la capital francesa.

Triunfar en París, equivale á un triunfo universal.

Emilio Puyans, tiene, pues, asegurada su fama, y si tenemos en cuenta su juventud, no es aventurado predecir que tiene por delante un camino de gloria bien trillado, que sabrá ensanchar y prolongar con la práctica y desenvolvimiento de sus privilegiadas facultades de buen artista.

Otra prueba del valer de Emilio Puyans, es que recientemente el gobierno



EMMA ROSA DÍAZ

francés le distinguió con una condecoración.

El joven artista cubano llegará próximamente á la Habana, teniendo nuestro público ocasión de apreciar sus facultades de artista privilegiado.

Indudablemente, le esperan grandes aplausos. Nosotros saludamos en él á una legítima gloria cubana.

Sigamos hablando de arte, que es tema simpático.

El gran concierto efectuado el domingo pasado en el *Teatro Martí* á beneficio de la "Asociación de la Prensa", fué un acontecimiento artístico.

Los profesores de la Sociedad de Concier-tos Populares, se portaron muy bien en la ejecución de las distintas piezas musicales.

El barítono señor Cáceres cantó con mucho gusto el "Sueño del Prisionero" y "Le Credo du Paisan", obteniendo en este último una verdadera ovación.

La Srta. Fidelma García Madrigal, fué también aplaudidísima en los distintos números que ejecutó en el piano.

Como buencronista debo agregar, aunque peque de cursi, que la concurrencia fué distinguidísima.

Razón por la cual la "Asociación de la Prensa" habrá quedado contentísima y satisfechísima.

Á seguir la serie de beneficios, cualquier día los periodistas nos declaramos capitalistas.

Cerremos el capítulo del arte y hablemos de algo más práctico, aunque sólo sea de pasada.

Noticias fidedignas nos aseguran que el gran Central Chaparra ha cerrado este año su zafra con una producción de doscientos cuarenta y un mil sacos.

¡Cuánto azúcar! Hay para endulzar un océano.

Todo ese azúcar, representa riqueza, obtenida de la madre tierra fecundizada por el trabajo humano. Es el jugo extraído del rico suelo cubano, mirado con desdén por tantos políticos é intelectuales.

—Esta noticia es la más útil de la sección— me dice un señor hacendado para quien el cultivo de la caña está por encima del cultivo del arte y de la literatura.

Efectivamente, es la más útil..... y la más dulce.

Aunque sea con retardo, no quiero pasar por descortés dejando de saludar al estimado Dr. Antonio González Curquejo, que regresó de su excursión á los Estados Unidos, animoso como siempre, y como siempre dispuesto á amenizar con su valiosa colaboración las columnas de CUBA Y AMÉRICA.

El Dr. Enrique B. Barnet, en atenta comunicación se ha despedido de nosotros antes de partir para San Luís, cuya Exposición visitará como comisionado técnico por la Junta Superior de Sanidad.

La representación no podía recaer en más idónea personalidad.

Cada día es más evidente el prodigioso desenvolvimiento de la "Asociación de Dependientes de la Habana".

No contenta con admirar á propios y extraños con la realización del proyecto de levantar un grandioso edificio en nuestro mejor paseo, se esmera continuamente en perfeccionar y ensanchar la esfera benéfica de su quinta de salud "La Purísima Concepción".

El pasado domingo, inauguró en ella un departamento para la curación de dementes ó afectados de enfermedades nerviosas. El nuevo pabellón responde perfectamente al objeto á que se dedica, no habiéndose omitido al efecto gasto alguno. A la ceremonia inaugural asistió gran gentío, entre él, representación de las autoridades locales y buen número de periodistas.

La Sociedad del Vedado prepárase á despedir dignamente el verano con una fiesta especial.

Consistirá dicha fiesta en un "baile rosa", que se efectuará la noche del sábado 24 del corriente.

La orquesta, dirigida por Torroella, será "de salón", compuesta de diez violines, dos flautas, contrabajo y piano.

El "baile rosa" se verá muy concurrido, como todas las fiestas de la Sociedad del Vedado.

Dos sabios rusos, Gardiinsky y Dacusky, han ideado un muy ingenioso sistema de trasmisión de sonidos á distancia, resultando este, dícese de mayor perfección que el teléfono. El invento se compone de dos lámparas de petróleo, provistas de largos micrófonos, de la que una actúa de trasmisor y la otra de receptor, reproduciendo cantos, música y palabras sin que los sonidos se atenúen en lo más mínimo al pasar á través de la atmósfera con la mayor velocidad.

Con este telégrafo sin hilos pueden transmitirse telegramas de viva voz.

☞

El que suscribe, Doctor en Medicina y Cirujía, certifica: Que durante seis años ha tomado la Emulsión de los Sres Scott & Bowne, con la cual ha logrado curarse radicalmente el asma que padecía, y para constancia de los indicados señores expido la presente.—
Dr. Francisco J. de Velasco.